

escitaban en Italia. El caballero Artaud (1) le critica de haber dado á entender con esta conducta que entraba en los azares de una guerra de soldados. Mas Pio VI, tan luego como supo que las barreras puestas por la naturaleza para librar á la Italia de invasiones extranjeras no bastaban á contener el ardor de una nacion que no se detiene por ningun obstáculo, ¿podia acaso desconocer que Roma, sede de la Religion, corria grave peligro por parte de aquellos guerreros, que al parecer consideraban como una esclavitud indigna de su carácter la sumision que debían á la Iglesia y el respeto á sus ministros? Roma por otra parte tenía fama de ser rica, y bajo el doble título de piedad y de opulencia, esta capital del mundo cristiano debía temer que no faltarian pretextos para que se le declarase la guerra. Aunque el sabio Pontífice no ignoraba cuán débiles eran las fuerzas que podia oponer á tan formidables enemigos, creyó con razon que no debía descuidar las precauciones que exige la prudencia humana; puso por lo tanto sus plazas en estado de defensa, guarneció las costas, inspeccionó los arsenales, y aumentó su ejército. Sin embargo, habiendo sido apresada por un guarda-costas romano una tartana francesa, y traída á Civita-Vecchia, mandó el Pontífice que fuese devuelta á la republica, diciendo: «que no estaba en guerra con la Francia.» En julio de 1795 supo que un bergantin francés, huuyendo de dos tartanas napolitanas, había venido á estrellarse sobre la costa del Estado eclesiástico, quedando reducida su desgraciada tripulacion á tener que andar errante por los montes sin auxilio de ninguna especie; el Pontífice, coamovido de su miseria, se encargó de consolarla, y despues de haber hecho reparar el buque, los despidió con la precaucion de que el bergantin fuese escoltado hasta cierta altura.

(1) *Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 10.

Pio VI tenía sin duda grandes motivos para temer la influencia de los principios que los franceses se empeñaban en esparcir por doquiera que llegaban sus armas: cierto es que no estaba en guerra abierta con Francia, pero lo estaba decididamente con las máximas revolucionarias de que este país era entonces víctima. Escitados algunos hombres del pueblo por pérfidos consejos, olvidándose de un bando que prohibia las diversiones del carnaval en Roma, recorrieron el día de jueves de carnestolendas de 1795 las calles de la capital vestidos de máscara. Este desacato no fué reprimido en el acto, y los revoltosos se imaginaron que el gobierno los temía, por lo cual volvieron á comparecer en mayor número el siguiente lunes; entonces se trató de reprimir el desorden, aunque inútilmente, con algunas patrullas. Los sediciosos se armaron de puñales y cuebillos; lanzaron pedradas por todas partes; sitiaron el palacio *Borghese*; pero algunos puñados de monedas rechazaron á los sitiadores con mucha mas eficacia que las bayonetas. Arrojárónse despues sobre el palacio del duque de Braschi, y este ataque repentino estuvo á punto de causar la muerte á la duquesa, que se hallaba enferma en el techo; mas tambien se les alejó con los mismos medios que el príncipe de Borghese había empleado. Los sublevados cayeron entonces con furor sobre las casas de particulares, saqueándolas, é imponiendo rescates. La prudencia y moderacion del gobierno dejaron correr este torrente, que acaso hubiera causado mayores estragos si se le hubiese querido poner dique en el momento. Despues de semejantes hechos ¿podia nadie admirarse de que el gobierno eclesiástico ejerciese una severa vigilancia respecto de los extranjeros, cuyas opiniones y costumbres parecian á propósito para perturbar la tranquilidad? En lo que se manifiesta á las claras la imparcialidad del Soberano Pontífice, es en que los súbditos del Austria eran tratados con mas rigor aun

que los mismos franceses: dos capellanes de la corte de Viena, que se habian atrevido á manifestar su asentimiento á los errores del obispo de Pistoya, fueron condenados á una dura prision, aunque el emperador Francisco II se habia declarado defensor del altar, asi como del trono.

Todo cuanto la experiencia y la sabiduria humana pueden discurrir para salvar á un Estado, puesto en el borde de su ruina, fué puesto en accion por Pio VI, á quien para ser un gran príncipe no le faltó mas que haber tenido dominios de mayor estension. No parece sino que la fortuna se complacia en acumular, en su derredor, situaciones difíciles, obstáculos y peligros, para hacer resaltar mejor su habilidad en proporcionar recursos. Los extraordinarios gastos exigidos por la humanidad y por el bien público, y las inmensas pérdidas ocasionadas por la revolucion, habían reducido al tesoro á un punto tan angustioso, que fué preciso recurrir al papel moneda. El Papa, para sostener el crédito de sus billetes, no tuvo reparo en ejecutarse á sí mismo, vendiendo sus carruajes y sus mas hermosos caballos: lo cual es por cierto una conducta bien diferente de la de aquellos patriotas franceses que se aprovechaban del descrédito del papel del Estado para consolidar su fortuna particular.

Sin embargo, la tempestad empezó á rugir sobre la cabeza del Pontífice. En 1796, los austriacos, rara vez vencedores y casi siempre vencidos y acosados en aquellos momentos por todas partes, no dejaban por eso de oponer una decidida resistencia (1). Un jóven, natural de una isla perteneciente á la republica de Génova, que habia sido cedida posteriormente á la Francia, un jóven que habia adquirido el derecho de ciudadano de este gran país, habia ascendido por una multitud de combinaciones ajenas de esta historia al

(1) *M. Artaud, Hist. del Papa Pio VII*, t. 1, p. 11.

mando de los ejércitos franceses en Italia. El Directorio le habia dado el encargo de que llevara á esta península lo que él llamaba el presente de la libertad. Este general, ya formidable por victorias que anunciaban un inmenso genio militar, emprendió una expedicion contra Bolonia á mediados del mes de junio, y amenazó invadir todo el Estado Pontificio para castigar, segun él decia, á todos los que deseaban el triunfo de la casa de Austria. Creyó Pio VI en los primeros momentos que seria oportuno recurrir á la mediacion de la Toscana, cuyo gran duque, aunque hermano del emperador de Alemania, Francisco II, hacia tiempo que habia concluido un tratado de paz con la republica. Pero la Toscana, verdadero punto de mira ó blanco de Bonaparte, se ocupó de sí misma, y el Pontífice tuvo que valerse de la mediacion del caballero Azara, ministro de España en Roma, cuyas opiniones filosóficas debian sin duda hacerle agradable al conquistador. Pidióse un armisticio: el consejo de cardenales, preocupado por las marchas estratégicas del ejército francés, que mientras aparentaba tener por objeto á Roma, no hacia mas que proteger simplemente un movimiento sobre Liorna, decidió que era preciso firmarle á toda costa. En este armisticio, firmado efectivamente en Bolonia el 23 de junio de 1796, se ve el nombre del caballero Azara, pero no se echan de ver los efectos de su mediacion. El Papa debia perder las legaciones de Bolonia y Ferrara; consentir que ocuparan la ciudadela de Ancona, pagar veinte y un millones, entregar lo selecto de sus cuadros, estatuas y manuscritos etc. ¿Es, pues, extraño que la noticia de semejante armisticio hubiese escitado en los Estados de la Santa Sede una indignacion general, y que una insurreccion, propagada por las legaciones, protestase contra semejante latrocinio? Sin embargo, Pio VI se hallaba resuelto á reconocer y ejecutar el tratado. Reuniéronse los millones pedidos con autoridad: se sacó del

castillo de San-Angelo cuanto quedaba del tesoro de Sixto V, mandáronse fundir los vasos sagrados, las joyas de las iglesias, y las estatuas de plata: pidiéronse á las damas sus brazaletes, collares y anillos, y todas las clases de la sociedad, á la voz del Santo Padre, llevaron al tesoro todo cuanto mas precioso tenían. Solo el príncipe Doria dió una suma de quinientas mil libras.

Este armisticio, tan costosamente comprado, no podia servir por mucho tiempo de garantía á la corte romana. El mismo Directorio se resistia á confirmarlo, á menos que el Pontífice retractase solemnemente sus breves (sobre la constitucion civil del clero y aboliera la Inquisicion). Exigian que á la faz del universo declarara que se habia engañado, lo cual era faltar altamente á los intereses de la Religion, cuyo gefe era. La circunstancia era crítica, el peligro inminente, pues que habia que optar entre la doctrina de la Iglesia y la libertad y acaso la vida. No vaciló el virtuoso Pontífice; mas no perdiendo tampoco de vista los medios de salvacion que la prudencia podia sugerirle, recurrió á la mediacion del caballero Azara, lo cual no impidió á la congregacion nombrada para examinar la peticion del Directorio, decidir formalmente que no podia accederse á ella. ¿Podia el Papa sin deshonorarse, sin perder la Iglesia, revocar breves que se hallaban conformes con las decisiones de los concilios y con los sentimientos de los Santos Padres? ¿Podia hacerse culpable de la ruina de la Religion, aprobando y sancionando los atentados que contra ella se habian cometido en los últimos siete años? Antes que se notificara oficialmente esta contestacion al Directorio francés, entabláronse algunas negociaciones por parte del prelado Caleppi, que habia acompañado á Florencia al caballero Azara. Volvió á Roma y tuvo varias conferencias con el Papa y el cardenal Busca. Pio VI reunió una nueva congregacion más numerosa que la primera: examináronse las proposiciones del Directorio

y se opinó ser inadmisibles. Caleppi volvió á Florencia, y de este punto fué desde donde en nombre de Pio VI escribió con fecha 14 de setiembre de 1796, diciendo que ni la Religion ni la buena fé permitian aceptar las proposiciones propuestas.

Cuando se reflexiona que hacia tiempo que la constitucion civil del clero no regia ya en Francia, ni formaba ya parte de las leyes del Estado, y que el Directorio, cuya antipatia contra la Religion y sus ministros era bien manifesta, tan poco caso hacia de la constitucion como de la antigua disciplina de la Iglesia, no se concibe por qué tenia tanto afan y tenacidad en exigir del Pontífice la retractacion de sus breves, no siendo ostensiblemente mas que un pretexto para mantener la guerra. El gobierno pontificio estaba pues resignado á perecer; pero queria perecer con gloria, defendiendo sus derechos y los de la Iglesia. Pio VI reunió trabajosamente los recursos que podian ofrecerle aun sus rentas casi agotadas: hizo con la mayor actividad los preparativos militares que exigian las circunstancias, organizó una guardia civil en Roma, y los gefes de las mas ilustres familias se disputaron el honor de mandarla.

A todo esto el general Bonaparte enlazando victorias con victorias se iba haciendo dueño de la Italia superior. El rey de Cerdeña se habia visto obligado desde el 19 de mayo á hacer paces con la república: otro tanto habian hecho los duques de Parma y de Módena, y este último habia huido á Venecia, llevándose sus tesoros: el rey de Nápoles habia tambien firmado un armisticio. Ni el invierno contuvo la marcha triunfante del general, bajo cuya proteccion se habia creado un gobierno republicano en Italia. Presentóse en Ancona el 40 de febrero de 1797. Varias sagradas imágenes de la Virgen llamaban con sus milagros la atención y sostenian el entusiasmo de los pueblos. «Presentenseme, dijo el general, los canónigos Ciriaco Capoleoni, José Cado-

lini y Francisco Candelari (1).» Los canónigos se presentaron; así que los tuvo en su presencia, les dijo: «Os habeis valido de medios artificiales para hacer abrir y cerrar los ojos de la Virgen de San Ciriaco: ¿habeis creído suspender la marcha de mis tropas? Quiero confundiros, voy á poner el hecho en evidencia: ¿traiganme la Virgen!» La orden fué ejecutada en el acto. Mandó que sacaran de su urna la imagen, quitándole hasta el cristal que la cubria, y se puso á mirarla atentamente, pero sin tocarla. Viendo que no habia impostura, se convenció de que el cabildo de Ancona no merecia reprension. La imagen tenia en la cabeza una corona adornada de ricas piedras, y de su cuello pendia un collar de preciosísimas perlas: el general echó mano á estas alhajas y las quitó de la imagen diciendo que la mitad de su valor se diere al hospital, y la otra mitad sirviese de dote para muchachas pobres. En seguida preguntó á los canónigos cuántas personas habian venido á implorar el auxilio de la Virgen. «Una multitud innumerable, respondió uno de ellos, cuarenta mil personas.» — «Se ha instruido una sumaria sobre el particular; ¿quién la ha redactado?» — «El abogado Bonavia.» — «¿Dónde está ese abogado?» — «En vuestra antecámara.» — «Que entre.» El general interrogó al abogado, y este, sin inmutarse, afirmó que sesenta mil personas habian acudido á implorar á la Virgen. En el acto mandó el general que se encendieran luces delante de la imagen y se puso á mirarla con nueva atencion. Los concurrentes esperaban con ansiedad sus palabras. «Está bien, dijo, no se darán las perlas ni las joyas, como yo habia mandado.» Y volviéndolas á tomar, se las devolvió á un canónigo diciendo: «Colocadlas como estaban antes.» Luego convidó á comer con él á los ca-

nónigos y al abogado: «En cuanto á la Virgen, prosiguió diciendo, llévenla al hospicio de las mugeres.» Bonavia le interrumpió diciéndole «que esto disgustaria mucho al pueblo.» — «En ese caso, replicó Bonaparte, que la vuelvan al mismo sitio en que estaba; solamente quiero que esté cubierta.»

Pio VI, abandonado de todos sus aliados, escepto los napolitanos que se ofrecian á negociar por él, no creia poderse defender. Habiendo caido en poder de Bonaparte una carta del cardenal Busca, que entonces era secretario de Estado, al cardenal Albani, nuncio en Viena, en que el primero manifestaba sin rodeos su poca aficion á los franceses y la esperanza de que Francisco II socorriese al Pontífice, sirvió este suceso de pretexto para una nueva agresion. El cuartel general de los franceses se hallaba el 18 de febrero de 1797 en Tolentino, á pocas leguas de distancia de Nuestra Señora de Loreto. Esta iglesia tan célebre por las ricas ofrendas que la piedad de los fieles habia acumulado en ella, no tenia por lo general que temer mas que á los piratas musulmanes, que de cuando en cuando solian hacer algun desembarco por la costa. La Religion y el respeto la protegian bastante de los insultos de parte de los ejércitos católicos. Mas en aquella época de nada le sirvió absolutamente esta circunstancia á la iglesia de Loreto; pues no se libró de la codicia de un enemigo poco escrupuloso por sus principios, y que despues de haberla saqueado, salió diciendo que la mayor parte de los diamantes de que la Virgen estaba cubierta con profusion, no eran mas que piedras falsas. Pio VI y su Consejo, al ver invadidos la mitad de los Estados de la Iglesia y la capital llena de consternacion, ignorando por otra parte cuán imprudente hubiera sido por parte del general francés haber hecho una expedicion sobre Roma, á tiempo que los austriacos avanzaban por el Norte, se creian reducidos á la última estreñidad. El cardenal Mattei, el pre-

(1) Mr. Artaud, *Historia del Papa Pio VII*, t. 1, p. 29-30.

jado Caleppi, el duque de Braschi y el marqués Massimo, plenipotenciario del Papa, pasaron á Tolentino á tratar de paz con Bonaparte y Cacault, el cual, como agente general de la república en Italia, habia cuidado en Roma de la ejecucion del armisticio de Bolonia.

El cardenal Mattei, jefe de la legacion pontificia, conocia ya al general, y este conocimiento habia principiado bajo auspicios bastante tristes (1). Este cardenal, arzobispo titular de Ferrara, al ver que los franceses evacuaban la ciudad, despues del armisticio de Bolonia, y sabiendo que los austriacos hacia mucho tiempo que tenian deseos de poner una guarnicion en la ciudadela, mandó que fuese ocupada por las tropas del Papa. Bonaparte, que aun cuando no tuviese guarnicion en Ferrara, no queria verla ocupada por destacamentos de ningun otro ejército, se puso furioso y mandó que el cardenal se presentara en su cuartel general de Brescia. Asi que lo tuvo en su presencia le dijo: «¿Sabeis, señor cardenal, que yo podria mandaros pasar por las armas?» — «Muy dueño sois de hacerlo, replicó el prelado; no pido mas que un cuarto de hora para prepararme.» — «No se trata de eso, replicó el general; ¿qué animado estais! ¿Por qué habeis mandado ocupar mi ciudadela? En vuestra corte, eminentísimo señor, teneis mala opinion de mis disposiciones; desengañaos, negociad conmigo que soy el mejor amigo de Roma.» De aqui tomaron origen las negociaciones que se iban á entablar en este momento.

El Papa fué condenado á pagar treinta millones, á suministrar mil seiscientos caballos equipados, á dar una pensión á la familia Bassville, á perder las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, á recibir guarnicion francesa en Ancona, etc. «Los motivos que he tenido para concluir este tratado, escribió Bonaparte al Directorio (2), se fundan: 1.º

(1) Artaud, *Hist. de Pio VII*, t. 1, pág. 32-33.  
(2) Carta del 1.º de ventoso, año 5.

en que vale más tener las tres mejores provincias de los Estados eclesiásticos, dadas por el Papa, que todos sus Estados, teniendo que ser ratificados en la paz general, en la que tenemos ya tantas cláusulas que arreglar: 2.º porque el rey de Nápoles estaba al parecer decidido á intervenir en la negociacion; 3.º porque para nosotros valen mas treinta millones que diez veces Roma, de la cual no hubiéramos sacado en limpio cinco millones, habiendo sido todo empaquetado y enviado á Terracina; 4.º porque esto puede ser un preparativo para la paz general...

Opino que Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, la Romanía y de los treinta millones que le quitamos, no podrá seguir subsistiendo, y que esa antigua máquina se irá cayendo á pedazos por sí sola.

No he hablado de Religion, porque es evidente que por medio de la persuasion y la esperanza, haremos dar á esta gente muchos pasos, que podrán ser entonces verdaderamente útiles á nuestra tranquilidad interior. Si vosotros quereis dar las bases, yo iré trabajando y haré hacer á la corte de Roma lo que creais necesario...

Estas últimas palabras revelan á Bonaparte. Su ambicion inflamada por tantas victorias, y columbrando próximamente en el porvenir el momento en que se veria satisfecha, queria conservar en la Religion un auxiliar á propósito para gigantescos proyectos: el hipócrita no pensaba servir á la Religion, sino que esta le sirviese á él. Por lo demás, la trató del mismo modo que á la libertad: primeramente la acarició, y luego la sofocó entre sus brazos.

Aparentando entonces un ardiente entusiasmo por esa libertad, cuyo nombre habia servido de pasaporte para tantos crímenes, iba suscitando revoluciones por todas partes. Las instrucciones que dirigia el 9 de noviembre de 1797 á uno de sus agentes en Italia,

demuestran que su objeto era la destruccion completa de lo que él llamaba tiranos; ellas indican tambien los medios de obrar esta destruccion y de constituir en república toda la península. Como maestro de la revolucion, daba reglas para escitar al pueblo contra la nobleza y contra el clero, establecer el espionaje y la seducción, halagar las malas pasiones, y preparar el derrocamiento de los Estados. No disimulaba tampoco su antipatia contra la corte de Nápoles, y decia á su agente que en 1796 se habian gastado trescientos seis mil francos para formarse un partido en aquel reino. Consecuente con estos principios de propaganda revolucionaria, encubria sus verdaderos planes en materias de Religion, reservándose para mas tarde el descubrirlos, al hablar de su deseo de que una creencia estúpida fuese reemplazada por el culto de los hombres libres. Esto era seguir al pie de la letra las huellas del Directorio, cuya política tenia por objeto insurreccionar la Europa entera. Despues de haber creado una república bátava, una república cisalpina y una república liguriana, aquel gobierno propagandista invadió la Suiza el 28 de enero de 1798, á pretexto de apoyar las reclamaciones de algunos patriotas vaudenses, y su agente Rapiñat cometió todas las exacciones que de su curioso nombre podian prometerse. Habiendo sido despojado Carlos Manuel IV (que sucedió el 16 de octubre de 1796 á su padre Victor Amadeo) de todas sus plazas fuertes, y por consiguiente de todos los medios de defensa, recibió el 6 de diciembre de 1798 la orden de salir de sus Estados de tierra firme. Se retiró á Cerdeña, abdicó posteriormente en su hermano, el duque de Aosta, y vivió en Roma entregado del todo á ejercicios de piedad. El Directorio declaró tambien la guerra al rey de Nápoles, intimó por último al duque de Toscana la orden de que saliera de sus Estados y se apoderó de ellos, ó mejor dicho, de toda la Italia. Asi

procedian aquellos ambiciosos é intolerantes republicanos.

Estos datos generales sobre la conducta del Directorio, servirán para que se comprenda con mas claridad lo que pasaba en Roma. Habiendo sido ratificado el tratado de Tolentino por una y otra parte, quedó la ciudad presa de la anarquía. Pio VI ya no era considerado por parte de algunos, mas que como un esclavo de los franceses, y la necesidad en que para cumplir con el tratado se veia de imponer al pueblo una contribucion cuatro veces mayor que todas las rentas del Estado eclesiástico, era causa de que otros le consideraran como un tirano. Al cardenal Busca sucedió en las funciones de secretario de Estado, el cardenal José Doria, hermano del generoso príncipe del mismo nombre, y este prelado, cuya firmeza de carácter no era lo que mas sobresalia, tuvo que hacer frente á las opuestas facciones. En tan angustiosa situacion Pio VI recibió algun consuelo de parte del rey de España (1). Este monarca, conmovido altamente con los males que amenazaban al Santo Padre, envió cerca de él para consolarle al cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, con otros dos prelados que fueron los señores Espuig, arzobispo de Sevilla, y Murquiz, arzobispo de Seleucia y confesor de la reina. Aunque Pio VI no sacara en realidad de esta embajada un socorro muy positivo, se mostró sin embargo muy sensible á la atencion del monarca español. El cardenal Lorenzana probó con su conducta que el rey habia hecho buena eleccion en su persona; pues habiendo regresado á España de allí á pocos meses los dos prelados que le acompañaban, él permaneció constantemente al lado del Papa, y no le abandonó ni aun en su cautiverio; y el consuelo de ver á su lado en sus últimos infortunios á un prelado tan leal y virtuoso es un

(1) *Historia de Pio VI*, p. 324-326.